

Mediación e interdisciplina

Dolores Presas

“Montevideo no era gris, fue agrisada. Allá por 1890 uno de los viajeros que visitaron la capital de Uruguay pudo rendir homenaje a *la ciudad donde triunfan los colores vivos*. Las casas tenían, todavía, caras rojas, amarillas, azules...

Poco después, los entendidos explicaron que esa costumbre bárbara no era digna de un pueblo europeo. Para ser europeo, dijera lo que dijera el mapa, había que ser civilizado. Para ser civilizado, había que ser serio. Para ser serio, había que ser triste.

Y en 1911 y 1913, las ordenanzas municipales dictaron que debían ser grises las baldosas de las veredas y se fijaron normas obligatorias para los frentes de las casas, *donde sólo será permitida la pintura que imite materiales de construcción, como ser arenisca, ladrillo y piedras en general (...)*”

Eduardo Galeano (Espejos. Fundación de la tristeza)

El Proyecto de la Modernidad fundó un modelo de saber. No se declaró un buen día ni tuvo lugar por algún hecho fortuito, sino que –de acuerdo a la moderna epistemología- se fue construyendo por múltiples causas, en un contexto histórico determinado.

El *conocimiento* correspondiente fue organizándose de acuerdo a recortes más o menos precisos de un mundo demasiado vasto para ser abarcado en su totalidad. Así, las disciplinas fueron elaborando un objeto y un método, el *método científico*, que prometía racionalidad, objetividad y predecibilidad. La naturaleza (ese gran caos) se disgregaba en segmentos, se clasificaba, se explicaba y se ordenaba en prolijas leyes, que encontraban para cada efecto una causa.

La expansión de este paradigma fue acompañada de la descalificación de otros modos de saber, de su exportación (muchas veces imposición) a otras culturas y de una progresiva universalización, llevada a cabo fundamentalmente a través de la generalización del sistema educativo y los procesos colonizadores, entre otros dispositivos.

Las Universidades reprodujeron el modelo, que devino hegemónico. Las profesiones que allí se estudian, en gran medida, se sustentan todavía en ese modelo. Nuestra cultura cotidiana –heredera, reproductora, co-constructora de esa matriz- también.

Pero los modelos tienen fisuras, los tiempos varían, las necesidades cambian. Poco a poco se fueron planteando otras miradas, que derivaron en nuevos abordajes, sin desechar el modelo científico: la objetividad fue cuestionada al punto de reconocer que el observador modifica el sistema observado; la causalidad lineal fue puesta en duda y comenzaron a desarrollarse modelos circulares; la verdad única mutó en *aproximaciones comprensivas*; el orden y equilibrio en desorden, evolución y caos; las certezas dejaron lugar a la aceptación de la impredecibilidad; la segmentación y reduccionismo mudaron hacia teorías complejas, análisis de relaciones y necesidad de trabajar multi, inter y transdisciplinariamente.

Este diferente modo de entender “la realidad” (al que contribuyen aportes tan disímiles como la teoría de la relatividad, la física cuántica, las estructuras disipativas y la geometría fractal) facilita la generación de espacios transversales, donde se yuxtaponen diversos saberes en búsqueda de sentidos compartidos, se posibilita la fecundación de nuevas preguntas y la utilización de nuevos/viejos dispositivos.

La mediación es receptora de estos procesos. Se nutre de aportes de numerosos campos (cibernética, teoría de los sistemas, comunicación, teoría de los conflictos), toma de otras áreas conceptos (escucha activa, lugar abstinerente, consentimiento informado) y herramientas (preguntas, metáforas, tormenta de ideas, trabajo en equipo, reestructuración) y pretende salirse de los posicionamientos dicotómicos, actuando para dar lugar a los múltiples, variados y personales relatos que cada uno de los participantes (sujetos de un saber particular sobre su propia vida) recrea.

No se propicia que los mediadores operen desde lugares para los cuales no están habilitados; tampoco se trata de que cada quien actúe exclusivamente desde lo que su profesión de origen, si la tiene, le ha aportado (o quitado). La mediación es un campo diferente, en el cual el mediador construye un lugar neutral y abstinerente, para poder escuchar lo que los mediados dicen (con sus palabras, sus silencios, sus gestos, sus tonos de voz, sus cuerpos), favorecer un espacio de comunicación, colaborar en el develamiento de sus intereses, viabilizar la generación de opciones mutuamente aceptables.

Entiendo que esta *escucha* es la habilidad más importante – imprescindible- que debe desarrollar un mediador. Una escucha activa y atenta a los propios procesos internos. Sin ella, de nada servirán las preguntas más

elaboradas, las hipótesis más complejas, las síntesis más pulidas, las historias alternativas más esforzadas.

Será esta misma escucha la que nos permitirá legitimar a las partes en el lugar protagónico que decimos sostener, generando hipótesis e intervenciones desde lo que dicen, lo que son, lo que es dicho por ellos. Difícilmente podamos colaborar en el empoderamiento y el reconocimiento mutuo si primero no reconocemos que no sabemos nada de ese otro, legítimo dueño de sus problemas, sus soluciones, sus modos de ver el mundo.

Las profesiones de origen pueden colaborar en muchos sentidos, pero también pueden estorbar nuestra labor, cuando pensamos exclusivamente desde sus categorías específicas. Estar especialmente atentos/as, por ejemplo, al encuadre jurídico de una situación, a las características de la personalidad, a los avatares económicos o al aprendizaje de los niños, puede alejar, respectivamente, al abogado, al psicólogo, al contador o al docente del desentrañamiento de los intereses y necesidades de los participantes de la mediación, que no son pensados, necesariamente, desde esos supuestos.

Son fundamentales, por ello, la capacitación y el entrenamiento en la construcción del rol como terceros neutrales, capaces de dejar en reposo nuestra propia visión del mundo para dejar lugar a la de aquellos que se sientan a mediar.

A modo de síntesis: dejar la mediación en manos de un sector determinado, no sólo contradice el espíritu que nos anima (alumbrado por la valoración de la diversidad, la comunicación inclusiva, la multiplicidad de sentidos) sino que no garantiza que los elementos o condiciones más significativos de la misma se desarrollen. El trabajo multi o interdisciplinario en mediación, por su parte, facilita la multiplicación de miradas y la construcción de un espacio común, mucho más rico, fructífero y complejo.

Galeano termina el relato que transcribo al inicio contando que, al mismo tiempo que copiaba el gris de la “civilización”, Uruguay probaba con hechos audaces e innovadores su energía creadora. Ojalá la energía creadora de la mediación se siga probando con hechos audaces e innovadores, y no se tiña con el gris de la uniformidad y el desatino.